

CORNISAS, CANECILLOS Y FRISOS DE BAQUETONES. SOLUCIONES CLÁSICAS PARA EL ARTE ROMÁNICO

“*Nihil novum sub sole*”(No hay nada nuevo bajo el sol). Cuando creemos que un concepto o una idea es novedosa lo más probable es que alguien en algún momento de la historia la haya señalado antes que nosotros. Todo lo que no es original es copia, aunque para indagar en busca del original en muchas ocasiones haya que remontarse al periodo clásico para descubrir a través de sus fundamentos que aquello que aparentaba originalidad no es sino adaptación de sus ideas, formas y soluciones al modo de hacer o a las necesidades de cada momento.

Traigo esta reflexión a cuenta de que he tratado de mirar con otros ojos algunos elementos arquitectónicos románicos buscando su originalidad y me he encontrado con que esas presumible innovación no es sino adaptación de las ideas clásicas a las necesidades o al modo de hacer más eficaz para llevar a cabo una obra aparentemente “diferente”. Mi reflexión surge de la contemplación de los frisos del baquetones del “Románico del Gállego” (**Imagen 1**) un endemismo edificativo situado en la zona



aragonesa de Serrablo próxima al río Gállego en el entorno de la localidad de Biescas cuyo arquetipo es la iglesia de san Pedro de Lárrede, compuesto por apenas docena y media de iglesias.

Durante mucho tiempo se trató de mostrar a estas edificaciones como mozárabes, buscando quizá el valor añadido del “mozarabismo del Gállego” como un elemento diferenciador tendente a realzar un prestigio arquitectónico que sin duda posee y que no precisaba de subterfugios para sobresalir. Dicho lo cual hay que señalar que acaso esta confusión terminológica, probablemente bienintencionada, pudo derivarse de la definición del “redescubrimiento” de este grupo de templos en 1922 por Rafael Sánchez Ventura y el fotógrafo Joaquín Gil Marraco, a los que un cazador de la zona les habló de su olvidada existencia. En 1933, Rafael Sánchez publicó el hallazgo junto a Francisco Íñiguez Almerch, en *Archivo Español de Arte y Arqueología, Centro de Estudios Históricos*. Ya desde su redescubrimiento surgió el germen de la polémica dado que de ellos dijeron quienes los sacaron del olvido: “*Parecen traducir estas iglesias un mozárabe mal interpretado...*”

Quizá en esa primera aproximación a estos templos y en el enjuiciamiento citado pueda radicar el germen de la denominación que por "romanticismo" se usó para definirlos. El término "*Románico*" ya estaba vigente. También el referente al arte "*Lombardo*". La necesidad científica de catalogar y encasillar todo, con sus respectivos "*filum*" de antecedentes y consecuentes propició su encasillamiento como "*templos mozárabes de Serrablo*". En el fondo, con el pensamiento de hoy, podría decirse que se estaba acuñando una marca o seña de identidad corporativa.

A mi modo de ver el acierto fue reconocer a este grupo de templos como "diferentes" porque realmente lo son en tanto en cuanto que en ellos convergen una serie de elementos diferenciales que no existen en otros templos. Y estos son los arcos de herradura o de falsa herradura, la existencia de alfiles de ascendente islámico y las torres-campanario con probables raíces islámicas. Pero sobre todo, la adición de un



elemento nuevo y diferenciador como es la decoración que les añaden a sus ábsides entre el extradós de los arquillos ciegos y la cornisa. Me refiero a lo que se conoce como "*friso de baquetones*", ubicado entre la cornisa y una moldura tórica en su forma típica.

La influencia de mi profesión de cirujano

en la cual la observación del aspecto formal de la anatomía humana normal de cara a comprender su funcionamiento y patologías así como por las autopsias, que es la forma de intentar comprender la composición y funcionamiento de nuestras estructuras a través de su disección, me ha hecho ver la arquitectura bajo otro punto de vista.

Es por ello que la contemplación de edificios en ruina dejando ver el interior de estructuras habitualmente ocultas con el edificio íntegro (verdaderas “autopsias arquitectónicas”), pudo constituir el punto de inflexión para comprender algunos extremos tendentes a entender cómo se llevaron a cabo y por qué se hicieron así (**Imagen 2**). En la imagen de la zona superior del arruinado ábside de Yosa de Garcipollera podemos ver en primer plano la profundidad alcanzada por el canecillo hacia el espesor del muro, una pieza de cornisa y una metopa de superficie lisa. Los canecillos (como puede apreciarse en la imagen) son elementos atizonados de los cuales solo podemos ver su extremidad exterior, la que en ocasiones recibe decoración escultórica.

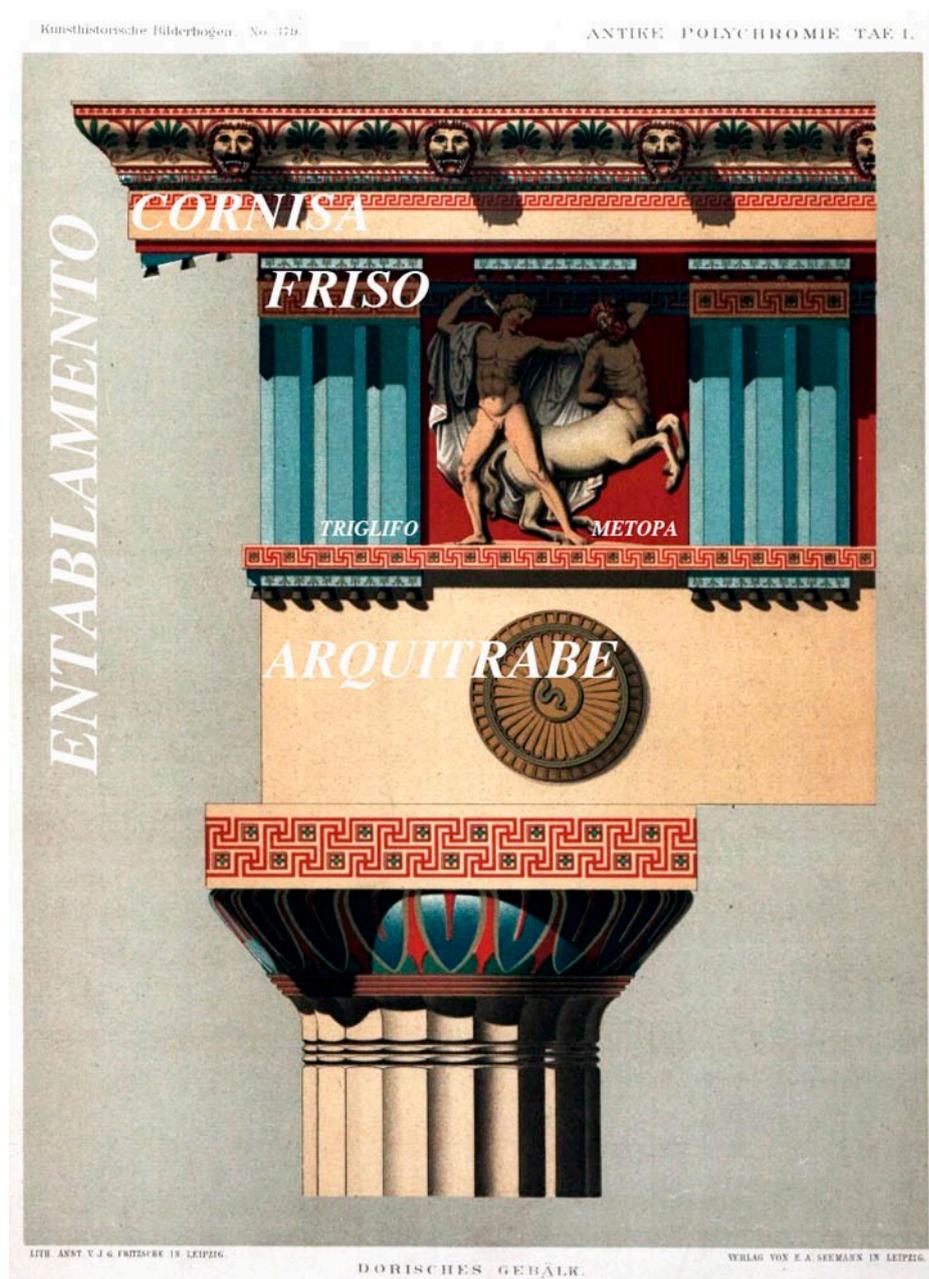
En el viaje a Roma de 1068 Sancho Ramírez infeudó el reino de Aragón con todo lo que ello supuso de sumisión, protección y asunción del modo romano en lo relativo a aspectos como la liturgia o la arquitectura. La liturgia oficial romana a través del movimiento benedictino cluniacense se introdujo en la península a través del reino de Aragón, oficializándose de modo solemne el 22 de marzo de 1071 en la iglesia alta del monasterio de San Juan de la Peña. De modo paralelo a este hecho fue asumido el nuevo modo de edificar los templos en los que la nueva liturgia se haría efectiva. Así llegó el arte románico a Aragón y a través suyo a los diferentes reinos peninsulares. A partir de entonces decaerá la forma de edificar en clave hispanovisigoda o lombarda a favor del nuevo estilo basado en el arte clásico. Roma es el arquetipo al cual volver la mirada y la planta basilical será la preferida para los templos cristianos que serán alzados bajo la geometría del arco de medio punto, usando sillares perfectamente labrados y escuadrados, utilizando la escultura integrada como vehículo de ideas catequéticas y todo ello auspiciado y controlado por Roma a través de los monjes cluniacenses.

Edificios que se habían iniciado en clave lombarda, como la catedral de Jaca, serán acabados bajo las nuevas formas edificativas en las cuales el mundo clásico se hace evidente tanto en la arquitectura como en la escultura integrada en los mismos.



El ábside meridional de la

seo jaquesa es el vestigio de un paradigma que será imitado y repetido en muchos otros edificios de este primer momento del arte románico (**Imagen 3**). En el mismo subyace la arquitectura clásica griega asumida por Roma y adecuada al arte románico. Desde un modelo basado en el entablamento en que predominaba la arquitectura adintelada se pasó al predominio del arco de medio punto con edificaciones abovedadas, pero manteniendo muchos elementos bellos (“*venustas*”) del arte clásico. Así la belleza y también la utilidad (“*utilitas*”) del entablamento que remata el edificio griego se van a mantener en el modo de hacer románico en el que encontraremos dos de sus tres componentes: la cornisa y el friso. El arquitrabe no tendrá ya cabida en una arquitectura que como he dicho abandona el concepto clásico del adintelado para dar paso a la arquitectura basada en el cierre perimetral del edificio supliendo las sucesiones de columnas por un muro continuo y en el uso generalizado del arco de medio punto en vanos y bóvedas.



En la génesis del modelo clásico destinado a rematar en altura los edificios griegos por medio del entablamento (**Imagen 4**) parece ser que se trató de imitar el modo de construir del un tiempo en que estas edificaciones se edificaron con madera, siendo el arquitrabe la representación de los gruesos maderos conformando el dintel perimetral sobre los que se alineaban transversalmente otros menores cuyos sobresalientes extremos se representaron por medio de los triglifos como traducción a la piedra de esos elementos lígneos. En los espacios entre la representación de esas sobresalientes cabezas de maderos (triglifos) dispusieron placas adornadas con motivos escultóricos denominadas metopas para embellecer y dar continuidad al friso.

Es un modelo sin duda bello pero sin que esa belleza haga olvidar que también posee una importante función como es la de sustentar a una cornisa que al situarse avanzada con respecto a la vertical del muro permitirá que el agua de lluvia sea evacuada sin que resbale por el mismo con lo que ello supondría de erosión a sillares y mortero.

De este modo en el ábside meridional del templo románico hispano por antonomasia, como es la catedral de Jaca, podemos rastrear esos elementos de la arquitectura clásica asimilada por Roma y recibida por el arte románico. Del elemento fundamental que es el entablamento, persiste la cornisa con su importante función ya señalada. Los triglifos, como exponente del extremo de los largueros que la sustentaban, se han transformado en los actuales canecillos; y entre canecillo y canecillo, al igual que ocurría entre cada dos triglifos, seguimos encontrando metopas decoradas con escultura, naturalmente clásica.

A pesar de no existir arquitrabe, que en el paso de arquitectura adintelada a la basada en el arco de medio punto fue sustituido por el propio muro del edificio, los arquitectos del románico no renunciaron a tener un recuerdo hacia la sucesión de columnas perimetrales que lo sustentaban y añadieron columnas, semicolumnas o pilastras adosadas al muro rematadas en altura por capiteles que ya no soportarán el

empuje del desaparecido arquitrabe sino tan solo el de la cornisa.



Vamos a avanzar un paso más. Imaginemos que quien edifica un ábside románico buscando la sencillez de formas decide eliminar las metopas y utilizar como sustento de la cornisa tan solo una sucesión de canecillos de sencilla hechura de modo que su extremo apenas sobresalga de la

línea de fachada. Por otra parte, al no sobresalir el canecillo, tuvo la necesidad de colocar sobre el mismo una doble línea de cornisa para avanzar la superior sobre la inferior consiguiendo así el efecto de voladizo para alejar el agua del muro (**Imagen 5**).

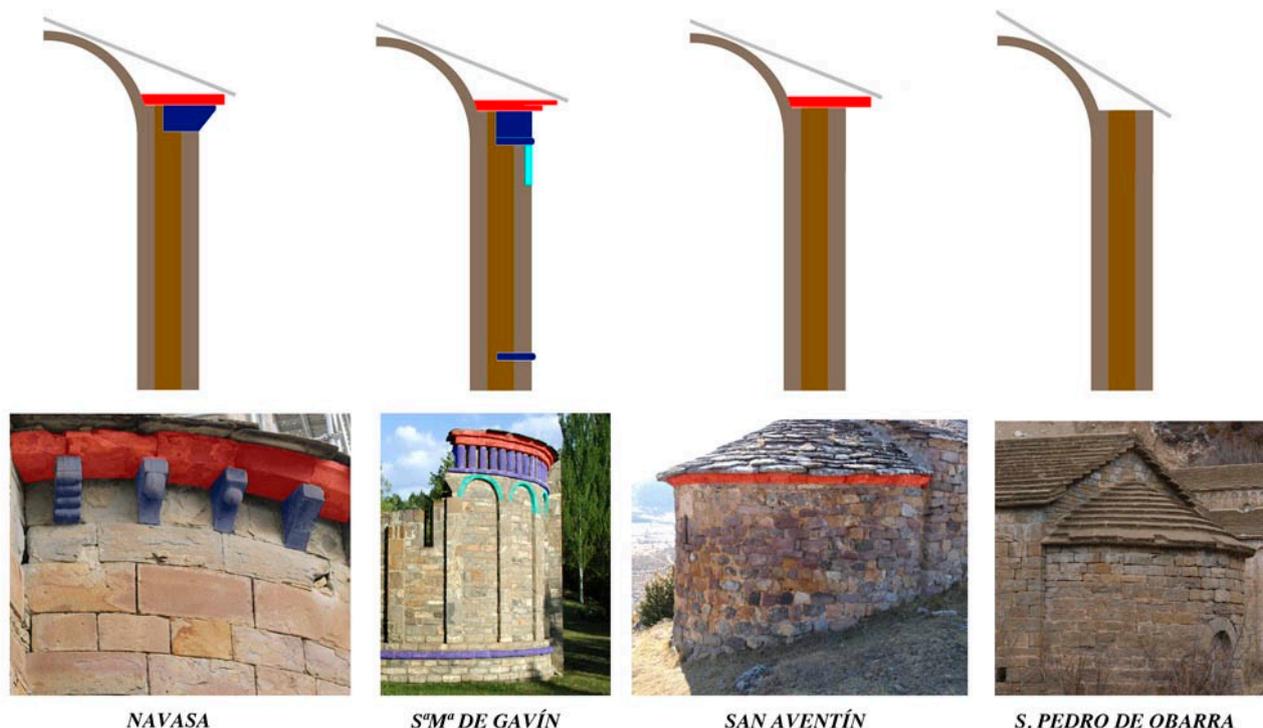
Como estamos ante un constructor que ahorra esfuerzo y por tanto utiliza piezas ya hechas usándolas en posiciones y funciones diferentes, no nos ha de sorprender que los elementos que componen las molduras tóricas destinadas a enmarcar la arquería ciega de la cabecera puedan servirle también para ser utilizadas para componer los canecillos descritos. Estas piezas, tanto de moldura como los canecillos/baquetones no son sino lajas de sillarejo cuyo extremo libre se ha redondeado para que al ser colocadas en sucesión horizontal formen una moldura tórica, mientras que si se colocan en posición vertical una a continuación de otra, atizonadas, además de servir para sustentar la cornisa como canecillos/triglifos que son, compondrán el bello y exclusivo efecto de sugerir una sucesión de columnillas, algo que ya conocemos bajo la denominación de friso de baquetones.



De esta forma podemos comprender que el friso de baquetones, santo y seña del arte del románico del Gállego, puede ser considerado como una fase evolutiva del entablamento clásico al que se ha desprovisto de su porción inferior (el arquitrabe) así como de las metopas dispuestas alternando con los canecillos por lo cual podemos concluir que esa exclusiva decoración está compuesta por una apretada sucesión de

canecillos sustentantes de la cornisa con su borde libre tallado en vertical con un perfil redondeado simulando ser una columnilla o un baquetón (**Imagen 6**).

En la imagen final (**Imagen 7**) muestro una serie de cabeceras románicas y sobre ellas, en sección, los correspondientes modelos que los originan para mejor comprender la similitud funcional de algunas estructuras. En rojo he señalado la cornisa, en azul los canecillos así como los baquetones que componen los frisos de las cabeceras de las iglesias larredenses y también las molduras tóricas de las mismas, que a fin de cuentas están compuestas por piezas edificativas idénticas a aquellos.



En los dos ejemplos finales, san Aventín de Bonansa y san Pedro de Obarra, el modelo evolutivo destinado a alejar el agua de los paramentos verticales se ha visto reducido a su mínima expresión: tan solo una línea de cornisa ligeramente sobresaliente en el primero o la ausencia total de la misma en el segundo, apeando la cubierta directamente sobre el final del muro, siendo las sobresalientes lajas de pizarra las que alejen el agua pluvial del mismo. Quizá traduzcan ejemplares “alejados de la evolución” del arte clásico

Nada nuevo bajo el sol. Esos delicados acabados absidales en altura, con o sin canecillos o metopas, o las originales sucesiones de los friso de baquetones larredenses nos están remitiendo a un origen común clásico, al entablamento de la arquitectura griega modulado en primer lugar a través de la cultura romana y posteriormente por el arte románico, origen clásico del cual sin duda derivan.

*A. García Omedes
de la Real Academia de San Luis.
1 de Octubre de 2019*